Comercio Exterior, vol. 28, núm. 1,
México, enero de 1978, pp. 42-51

Campesinistas y descampesinistas

Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado

ERNEST FEDER

Segunda parte*

Tanto para los campesinistas como para los descampesinistas es difícil hablar con autoridad respecto al destino del proletariado rural de América Latina, a menos que tomen en cuenta los gigantescos cambios ocurridos en la agricultura del hemisferio desde mediados del decenio de los sesenta. Algunos de esos cambios son tan recientes que no todos los observadores del acontecer agrícola están conscientes de ellos. La agricultura latinoamericana, un espectáculo complaciente, estancado, atrasado, se ha convertido en un circo vertiginoso de cambios violentos y rápidos.

La subsistencia de los campesinos y trabajadores sin tierra de América Latina y de México está mortalmente amenazada desde todos lados. Específicamente hay un proceso, cada vez más acelerado, de eliminación del proletariado rural en cada uno de los sectores principales: la agricultura, la ganadería y la industria forestal. Para ubicar el tema en una perspectiva adecuada, aclaro que en este trabajo no se sostiene que la eliminación del proletariado rural ocurrirá de un día para otro. La expulsión de los minifundistas y la marginación de los asalariados no es un fenómeno nuevo, como lo hemos indicado en diversas ocasiones, ya que ha tenido lugar inexorable y silenciosamente desde hace mucho tiempo. Todavía hay muchos millones de minifundistas y asalariados, y no se les puede expulsar de la agricultura en un par de años. Lo que *sí* sostengo, empero, es que el proceso se está acelerando a una velocidad tal, que es predecible que la mayoría de las oportunidades de empleo rural que todavía existen habrá desaparecido en un futuro previsible (digamos, en el caso de América Latina, en una generación) y que ningún proyecto o programa favorable a los campesinos del tipo analizado antes podrá contrarrestarlo de manera significativa. La pérdida ultrarrápida de empleos rurales es una función directa de las transferencias gigantescas de capital y tecnología desde los países industrializados hacia las agriculturas subdesarrolladas. Analizaré con cierto detalle este tema en cada uno de los sectores principales, centrando la atención en los aspectos económicos e institucionales, antes que en los puramente políticos.

* La primera parte de este artículo apareció en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 12, México, diciembre de 1977, pp. 1439-1446. Traducción del inglés de Rubén Svirsky.

Comenzaré por la agricultura, porque puede comprender a la mayor proporción de la fuerza de trabajo rural.

La modernización de la agricultura se caracteriza por gigantescas transferencias de capital y tecnología que realizan, principalmente, empresas agroindustriales e inversionistas individuales de Estados Unidos. Como en otras ocasiones[31] ya he analizado la naturaleza de estas transferencias y de las actividades de las empresas agroindustriales en los países subdesarrollados, querría concentrarme aquí sólo en siete razones, muy interrelacionadas, por las cuales es probable que dichas transferencias resulten poco menos que catastróficas para la fuerza de trabajo rural. La primera razón se vincula con el fenómeno mencionado en la sección I de la primera parte: al contrario que en las fases anteriores de la expansión capitalista en las agriculturas subdesarrolladas, hoy en día dicha expansión abarca a *todos* los productos agrícolas, desde los alimentos básicos comunes hasta los productos tropicales y subtropicales, tradicionalmente controlados desde el exterior. La consecuencia fundamental de este fenómeno es que los agricultores comerciales se han apoderado (y continúan haciéndolo con rapidez) de los cultivos que tradicionalmente producían los minifundistas para el mercado interno. De aquí que, en la actualidad, se haya roto la tradicional estructura de dos niveles de la agricultura latinoamericana, en la cual, con algunas excepciones, los latifundios se dedicaban a la producción de alimentos y fibras para la exportación, en tanto que los minifundios producían alimentos para el consumo interno. La consecuencia inmediata de la producción y la venta en escala comercial de cultivos en competencia con los minifundistas es la eliminación de estos últimos.

Los minifundistas no pueden competir con los produc-

31. Véase, del autor, "La nueva penetración en la agricultura de los países subdesarrollados por los países industriales y sus empresas multinacionales", en *El Trimestre Económico*, vol. XLIII (1), núm. 169, México, enero-marzo de 1976, y "Agribusiness in Underdeveloped Agricultures. Harvard Business School Myths and Reality", en *Economic and Political Weekly*, núm. 17, Bombay, 1976 (próximo a publicarse en español en *Revista Mexicana de Sociología*).

tores comerciales, ni desde el punto de vista de la producción ni desde el de la comercialización. En las condiciones actuales, los costos de producción de las empresas comerciales son muy inferiores a los de los pequeños productores, no sólo porque las primeras poseen tierras mucho mejores, incluyendo todas las irrigadas, de modo que sus rendimientos por hectáreas son mucho más altos (mientras que la tierra de los últimos —que ya era mala— se deteriora constantemente por la sobreexplotación), sino también porque las primeras tienen un acceso casi monopolístico a todos los insumos agrícolas (dado que los mercados de insumos se manipulan para favorecer a los grandes productores) y porque pueden obtenerlos a costos muchos menores y aun con subsidios directos.[32] De aquí que, por razones económicas e institucionales, *hoy en día se ha vuelto obsoleto el viejo y conocido argumento de que la productividad de la tierra decrece a medida que aumenta el tamaño de la unidad de explotación;* no se aplica, ya que no refleja las tendencias actuales de la agricultura, en la cual las empresas comerciales se expanden rápidamente a expensas de los pequeños productores y en la que el capital y la tecnología extranjeros se canalizan casi exclusivamente hacia el sector de cultivos comerciales. Aun si la productividad de la tierra de una pequeña parte del sector minifundista aumentase como consecuencia de programas de ayuda a los campesinos, es probable que la del sector comercial aumente más rápidamente que la del minifundista en su conjunto. *En consecuencia, la relación inversa de los rendimientos por hectárea y la superficie de cultivo se está convirtiendo rápidamente en una relación (funcional) directa.*

No hay que subestimar las consecuencias de política de este significativo cambio en las pautas de comportamiento de la agricultura latinoamericana. El llamado "desempeño superior" de las parcelas (es decir, su mayor productividad de la tierra, que sólo es un reflejo de los terribles esfuerzos que debe realizar cada minifundista para arrancar a su escasa dotación, en el mejor de los casos, condiciones de vida al nivel de subsistencia) a menudo se ha utilizado como "prueba" y justificación del apoyo a los pequeños productores, aunque en el calor de la discusión se omite considerar, convenientemente, que los minifundistas son muy pobres a pesar de su "desempeño superior". De aquí que tales proyectos de ayuda no sólo reflejen una incomprensión básica del significado y las implicaciones del "mejor desempeño del minifundio", sino que suponen también continuar apoyando a la pobreza.[33] Hace muy poco tiempo el Banco Mundial de McNamara ha vuelto a utilizar el viejo argumento para justificar su nuevo y grandioso proyecto de créditos dirigidos a los pobres rurales del mundo; en las actuales circunstancias este proyecto, que desde el comienzo tenía muy pocos méritos (por las razones que hemos visto), está a punto de ser eliminado totalmente, dado que no tiene en qué apoyarse.[34] En las condiciones que imperan hoy en día, ni una docena de bancos mundiales podría mejorar el destino de los campesinos, cada vez más pobres.

En el mercado, los minifundistas sufren insuperables desventajas adicionales. Es sabido que los pequeños productores reciben precios más bajos que los grandes (discriminación de precios en los mercados monopolísticos) y no tienen protección frente a otros "castigos", tales como las trampas basadas en la calidad o en el peso.[35] A medida que aumenta la producción comercial en competencia con los minifundistas, es probable que se intensifiquen las diferencias de precios y otros castigos que impone el mercado, especialmente si tomamos en cuenta las rigurosas prácticas comerciales de las gigantescas agroindustrias extranjeras,[36] que tienden a comprar los productos a los precios más bajos posibles y que, debido a su fuerte posición monopolística, están en condiciones de aplicar una política de discriminación radical de precios.[37] Los minifundistas son las víctimas ideales de tales prácticas comerciales, dado que casi nunca están organizados y no tienen, por tanto, capacidad alguna de negociación en los mercados de productos.[38]

De ese modo, los minifundistas son víctimas de un proceso económico que los aprieta como tenazas desde ambos lados: en los costos de producción y en los precios del mercado. Así, cada vez más y más minifundistas se ven obligados a vender su producción por abajo del costo y a abandonar sus parcelas. Esta es una razón que explica la rápida desaparición de los campesinos.

Esto nos lleva a la segunda razón. Como ya dijimos, hay quienes sostienen que a los terratenientes y a los grandes productores les satisface permitir que los campesinos se reproduzcan en sus pequeñas parcelas, porque sólo están interesados en las mejores tierras, y no en las peores. De aquí podría concluirse que si algunos minifundistas se ven obligados a abandonar su tierra, otros la ocuparán, quizá trabajadores sin tierra, quizá campesinos que ya poseen una parcela. Sin duda, en este sector hay un proceso de concentración de la propiedad en pequeña escala, por el cual algunos campesinos poseen o controlan más de una parcela. Pero este proceso no explica totalmente las tendencias que

32. Una razón es que los grandes productores pueden obtener descuentos al comprar los insumos por la gran cantidad que adquieren, y habitualmente se organizan para hacerlo. Podría objetarse que en los proyectos destinados a los minifundistas, como los del Banco Mundial de "ayuda" a los pobres rurales, estas desventajas se compensan, por ejemplo, por las bajas tasas de interés de los préstamos. Esto es cierto, pero sólo para un número muy pequeño de beneficiarios, limitado necesariamente por la escasez de los fondos, aun en el mejor de los casos. Las diferencias en los costos de los insumos siempre subsisten, e incluso pueden crecer, debido a que los proyectos de "ayuda a los pobres rurales" son siempre seguidos por proyectos de "ayuda a los ricos rurales", para no ofender a estos últimos. Además, es cierto que las tasas nominales de interés que pagan los minifundistas son menores, pero esto se compensa por otras desventajas, tales como el pago de comisiones y sobornos, o la mayor dependencia con respecto a prestamistas institucionales cuya hostilidad hacia ellos es proverbial.

33. En mi artículo "La pequeña revolución verde de McNamara. El proyecto del Banco Mundial para la eliminación del campesinado del Tercer Mundo", en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 7, México, julio de 1976 (en la edición en inglés, vol. 22, núm. 8, agosto del mismo año), analizo brevemente el significado y las implicaciones de la productividad de la tierra y del trabajo en extensiones agrícolas pequeñas y grandes.

34. En mi artículo "La pequeña revolución. . .", *op. cit.*, se expone en detalle el proyecto del Banco Mundial.

35. Digamos de paso que en una agricultura dominada por las agroindustrias también los grandes productores deben enfrentarse con riesgos similares.

36. Hay detalles en mi libro *El imperialismo fresa,* Editorial Campesina, México, 1977.

37. En México, por ejemplo, la Nestlé siempre paga a los pequeños productores precios más bajos por la leche.

38. Debe subrayarse que las condiciones adversas del mercado para los minifundistas ocurren tanto con respecto a cultivos para consumo nacional como con los destinados a la exportación.

hoy se pueden apreciar en la agricultura latinoamericana y en la mexicana. Las tierras pobres y marginales *interesan* a los grandes terratenientes y productores por varias razones. En primer lugar, los grandes terratenientes están tan ávidos de tierra como los minifundistas o como quienes no la poseen, en el sentido de que intentan continuamente "completar" su propiedad. Se ven prácticamente obligados a ello porque la agricultura comercial y la tecnificación concomitante de los procesos productivos de la agricultura convierten en una necesidad lógica la creciente monopolización de toda la tierra cultivable. Por otra parte, *cualquier* parcela poseída o arrendada por un gran terrateniente (cuya hostilidad hacia los campesinos o, en México, hacia los ejidatarios, es proverbial) es otra parcela arrancada a estos últimos. Podría sostenerse que este razonamiento no es válido desde el punto de vista económico, aunque lo sea desde el político, dado que es probable que la producción en tierras pobres y marginales sea más costosa. En mi opinión, este argumento no es realista. El valor de la tierra no puede juzgarse sólo en términos de su capacidad de producción. Los precios de la tierra aumentan continuamente, debido al crecimiento de la población y a la mayor demanda de productos agrícolas; estos importantes incrementos deben agregarse a los provenientes del uso de la tierra para cultivos (o para ganadería). En segundo lugar, a medida que se expande el proceso de modernización, resulta cada vez más remunerativo poner en producción suelos cada vez más pobres,[39] y es totalmente plausible sostener que precisamente *la modernización es un mecanismo para utilizar bien peores recursos,* aunque este proceso tiene límites obvios. Esto explica por qué los grandes terratenientes compiten por la tierra de los minifundistas, por razones políticas, económicas y técnicas. Si a esto se agrega la superior capacidad de negociación de los grandes terratenientes, nos daremos cuenta de que el empuje expansionista de los modernos propietarios de latifundios y neolatifundios constituye una amenaza mortal para los minifundistas.

Por supuesto, si los minifundios pueden mejorarse sin costo alguno para los grandes terratenientes (por ejemplo, a expensas del Estado), esto los hace aún más atractivos. El valor de un minifundio puede aumentarse ya sea mediante inversiones en la misma parcela y el mejoramiento de su capacidad de producción, ya mediante mejoras infraestructurales, como caminos que lleguen hasta el mercado o sistemas de riego cercanos. Ambos son métodos seguros para estimular el apetito de los grandes terratenientes por una pequeña parcela. El lector percibirá de inmediato que esto es lo que ocurre efectivamente en el caso de los programas de ayuda a los minifundistas, como el propuesto por McNamara en 1973; ésta es otra razón por la cual, en una agricultura capitalista, tales programas perjudican en última instancia a los campesinos, aunque formalmente estén destinados a apoyarlos. Se emprenden porque quienes los proponen ignoran (o cuidadosamente omiten considerar) cómo funciona el proceso de expansión capitalista en el que, en definitiva, son los minifundistas quienes saldrán perdiendo en la incesante competencia por los recursos agrícolas.

En este contexto, debemos volver una vez más al rápido proceso de concentración de la propiedad y de la producción característico de la creciente comercialización de la agricultura, tanto en los países industriales como en los subdesarrollados, y a la concomitante monopolización de los mercados de insumos y productos agrícolas bajo el dominio extranjero, así como a sus efectos sobre los minifundistas y trabajadores asalariados. En Alemania occidental, por ejemplo, de 1950 a 1972-1973 la fuerza de trabajo familiar disminuyó aproximadamente dos tercios, y la asalariada más de cinco sextos, en tanto que el número de granjas de más de 0.5 ha. disminuyó a alrededor de la mitad, de unos dos millones de unidades productivas a alrededor de 1.1 millones, y el de granjas de más de 2 ha. descendió de 1.3 a 0.9 millones; en 1974 había disminuido aún más, a 0.8 millones, y la eliminación de las pequeñas unidades todavía continúa. Durante ese período de 22 años, más de 3.5 millones de personas abandonaron la agricultura. Es muy claro que el desplazamiento de los pequeños productores se aceleró mucho a partir de 1960.

República Federal de Alemania

	*Fuerza de trabajo**		*Número de granjas**	
	Familiar	*Contratada*	*Más de 0.5 ha.*	*Más de 2 ha.*
1950	98.8	101.7	—	99.0
1955-1956	80.8	73.3	93.6	93.1
1960-1961	67.8	43.4	83.4	85.2
1972-1973	33.8	16.1	58.8	63.5
1974	—	—	*47.8*	*59.0*

* 1939 = 100.
Fuente: A. Funk, *Abschied von der Provinz?* , Plakat-Bauernverlag, Stuttgart, agosto de 1977, p. 16.

En Estados Unidos las tendencias fueron similares. En el mismo período la cantidad de granjas disminuyó en alrededor de un medio, la población de ellas en tres quintos (una emigración de unos 13.5 millones de personas) y el total de horas-hombre utilizadas en la agricultura bajó en la misma proporción. La producción agrícola total aumentó bastante más de un cuarto. Aunque tanto en Alemania como en Estados Unidos hay pequeñas variaciones en la superficie dedicada a la agricultura a lo largo del tiempo, la disminución de la cantidad de granjas en un territorio aproximadamente igual indica un gran proceso de concentración que continúa año en año y que se intensifica en los actuales años de depresión.

Estados Unidos

Año	*Cantidad de establecimientos (millones)*	*Población agrícola (millones)*	*Horas-hombre (miles de millones)*	*Producción agrícola**
1950	5.6	23.0	15.2**	76**
1960	4.0	15.6	9.8	91
1973	*2.8*	*9.5*	*5.9*	*112*

* 1967 = 100.
** 1951.
Fuente: United States Department of Agriculture, *Fact Book of US Agriculture*, publ. núm. 1063, Washington, marzo de 1976.

En América Latina la concentración de la tierra es igualmente importante, a pesar de que ocurre a partir de un índice mucho más alto de monopolización de la tierra. En

39. Por ejemplo, el gran productor puede utilizar fertilizantes que el pequeño no puede permitirse, o puede devolver la fertilidad a la tierra en el largo plazo, mediante adecuados manejos del suelo.

México el proceso es más complejo (aunque no menos significativo), debido a que continuaron hasta hace poco tiempo las dotaciones de tierra a los campesinos conforme al programa de reforma agraria. Hoy día se lleva a cabo sobre todo, aunque no exclusivamente, mediante el arrendamiento (o la compra por testaferros) de parcelas ejidales; en general, los grandes productores comerciales manejan hoy en día las más de esas parcelas, directa o indirectamente; las rentas más altas se pagan en las zonas mejores y "más desarrolladas".

En el sector agrícola —como en otros sectores de la economía— la tecnología moderna cumple una función fundamental en este proceso, que siempre ocurre a expensas de los pequeños propietarios y de los asalariados. En realidad, la tecnología moderna es la principal fuerza impulsora de este proceso, y no aludo sólo a los equipos mecanizados sino también a otros insumos modernos. Obviamente es más visible en cuanto se refiere a las máquinas que sustituyen mano de obra (especialmente los equipos mecanizados que se venden en los países subdesarrollados pero se construyen de acuerdo con normas de las agriculturas industrializadas), debido a la constante y acuciante necesidad económica de utilizar este equipo a su máxima capacidad.[40] Por tanto, la utilización de tecnología moderna supone la necesidad constante de expandir la empresa agrícola en concordancia con la de usar más y mejores insumos.

Al respecto es interesante subrayar los sublimes argumentos de los apóstoles de la modernización (incluyendo a los defensores de la "revolución verde", entre quienes se encuentran, en México, los burócratas del conglomerado Rockefeller-Ford-CIMMYT), quienes sostienen que el estilo capitalista de modernización de la agricultura trae consigo más ocupación, aunque las pruebas estadísticas que aportan a la discusión siempre son muy vagas. Desde luego, es posible que la intensificación del uso de la tierra y la capacidad de utilizarla (cuando está irrigada) para más de una cosecha anual suponga más trabajo y, por tanto, más empleos en algunas actividades agrícolas.

Empero, el anterior es un argumento muy estático, incompleto y engañoso. Los empleos pueden aumentar en algunos cultivos y en algunas actividades, pero en otros sectores la modernización puede eliminarlos tanto o más rápidamente que como aumentan en aquéllos. Los apóstoles de la modernización nunca hacen un balance de los efectos globales de todas las nuevas tecnologías, por razones sin duda comprensibles, dado que es probable que ese balance refleje un lúgubre panorama de la ocupación rural total. En Estados Unidos y en otros países industriales el campesino se ha convertido hoy en día en una pieza de museo, y el trabajador asalariado está a punto de seguir ese camino en un futuro previsible, como lo indican las estadísticas que hemos reproducido: las agriculturas de los países industrializados son una prueba de que el efecto global de la creación de empleos mediante la modernización es negativo y de que, en la actualidad, el sector agrícola es incapaz de proporcionar empleos en períodos en que aumenta la desocupación por razones puramente estructurales.

Tampoco debemos pasar por alto que la modernización es un proceso que implica la sustitución de mano de obra por capital (incluyendo la tecnología) y que la tendencia hacia el uso de nuevos equipos que remplazan mano de obra es parte integral de dicho proceso. En realidad no hay un solo cultivo, tanto en las agriculturas desarrolladas como en las subdesarrolladas, en el que no haya un intento sistemático de introducir nuevos equipos que hagan superflua la mano de obra en donde aún se utiliza.

La locura tecnocrática que este intento supone desde el punto de vista de las agriculturas subdesarrolladas, intento dirigido por la moderna industria capitalista, puede ilustrarse con los esfuerzos por introducir *equipos electrónicos* nada menos que ¡en la agricultura de la India!, uno de los países más pobres del mundo. La actividad agrícola todavía se realiza ahí conforme a modalidades medievales, excepto en un pequeño sector, muy moderno e intensivo en capital, que prácticamente en su totalidad ocupa zonas de riego. Además, en el país hay millones de pobladores rurales y urbanos que están continuamente al borde de la inanición y las condiciones agrícolas se deterioran rápidamente.[41] En un informe de un Grupo de Expertos en Instrumentos Agroelectrónicos[42] se lee lo siguiente: "La creciente presión en favor de la mecanización de la agricultura para aumentar la productividad exige el uso de instrumentos. Los instrumentos electrónicos constituyen una herramienta eficaz para mejorar en forma inmediata muchas operaciones. Hay muchos sectores en los cuales se puede introducir instrumental electrónico."[43]

Esta locura continúa así: "Las técnicas de control *automático* son relativamente nuevas en el sector agrícola aun hoy en día. Durante los últimos seis años se ha manifestado una importante tendencia hacia la utilización del control automático en la agricultura, tanto en operaciones estáticas como de campo. *Son ejemplos de automatización en instalaciones* (estáticas) el control ambiental de invernaderos, silos y establecimientos ganaderos, la selección automática de productos agrícolas, el control automático del manejo y la elaboración de productos, el control del secado de granos, el control de la alimentación del ganado, etc. La *automatización de las operaciones de campo* incluye el control automático del riego y el drenaje de granjas, sistemas de control de máquinas cosechadoras, etc."[44] En el informe se expone después una estrategia para la producción de instrumentos agroelectrónicos en la India.[45]

El conocido sociólogo Andrew Pearse, quien dirigió por cuenta de las Naciones Unidas una investigación de alcance mundial sobre los efectos socioeconómicos de la revolución verde, llegó a esta conclusión (cuidadosamente fraseada, como corresponde a un documento de esa organización internacional): "En resumen, los estudios muestran que *en la actualidad* la aplicación de la nueva tecnología en Asia ha provocado un *aumento marginal* en el uso de trabajo humano por unidad de superficie y una disminución del trabajo humano por unidad de producción".[46] Empero, "hay justifi-

40. A medida que se expande la agricultura comercial bajo control foráneo, se abandona la antigua tradición latinoamericana de comprar equipo moderno por razones de prestigio.

41. Véase, por ejemplo, Jan Breman, *Patronage and Exploitation*, University of California Press, 1974.

42. Tomado de *Electronics, Information and Planning*, Nueva Delhi, enero de 1977, pp. 256 y siguientes.

43. *Ibid.*, p. 260.

44. *Ibid.*, p. 265.

45. *Ibid.*, pp. 277 y siguientes.

46. Erich Jacoby ha sostenido repetidamente que la disminución de mano de obra ocupada por unidad de producto es, en sí misma, una demostración del maligno efecto de la modernización en el empleo.

cados temores de que la continua presión contra las posesiones y la *creciente disminución de las filas de los pequeños propietarios* [minifundistas] exacerbarán la tasa de crecimiento de la oferta de mano de obra desocupada, que ya se expande muy rápidamente debido al incremento natural, en tanto que, al mismo tiempo, es muy claro que *no puede esperarse que la demanda de mano de obra aumente mucho por encima de su nivel actual, y aun puede disminuir*".[47] (Cursivas de E.F.)

En un artículo reciente,[48] Pearse continuó con el tema: "El gran avance que representa la exitosa intensificación de las cosechas (es decir, la introducción de cosechas dobles o triples) no puede alcanzarse, en circunstancias normales, sin una mecanización considerable... Se ha estimado que el tractor... reduce las necesidades de mano de obra por cosecha aproximadamente en la misma medida en que las aumenta la nueva tecnología... Una mecanización más completa que permita, por ejemplo, aplicar herbicidas y fertilizantes por medio de tractores, la fumigación aérea y el uso de cosechadoras combinadas, disminuye muy radicalmente el empleo de fuerza de trabajo. En el cultivo de trigo y arroz en Asia todavía no se ha difundido el uso de la cosechadora combinada, aunque ésta ya reduce drásticamente las oportunidades de empleo de las zonas más 'desarrolladas' de América Latina.

"De este cálculo grosero puede inferirse que la política oficial podría inclinar la balanza hacia más o menos ocupación, según cómo regule la importación de maquinaria y la concesión de divisas, los subsidios a los créditos para mecanización, el control del precio, la asignación de combustibles y medidas similares. Empero, la experiencia indica que los gobiernos son reacios a intervenir en este sentido.[49] Si los empresarios agrícolas explotan provechosamente la nueva tecnología, es posible que aumenten su influencia global en la política, y si pueden aumentar su producción total, quizá pierda importancia la meta de mantener determinados niveles de ocupación; en el mejor de los casos, es posible que los responsables de la política opten por un mayor gasto en obras públicas para los hambrientos en lugar de importar alimentos.[50] La desocupación será descartada como un mal secundario que puede tratarse sin afectar la situación global de la balanza de pagos. Aunque poco frecuentes, hay algunos casos en que los gobiernos han regulado la mecanización para defender el empleo rural; empero, a menudo se subsidia la mecanización (por medio de las políticas crediticias y de divisas) aun cuando ésta sea una causa de desempleo. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que la disponibilidad de empleo no asegura que la remuneración y las condiciones de trabajo sean tales que pongan fin a la desnutrición, la mala salud y las tensiones sociales, tan extendidas. El trabajo puede seguir siendo muy mal pagado."

Llegamos a la conclusión de que todas las pruebas disponibles con respecto al desarrollo capitalista en la agricultura demuestran, más allá de toda duda, que puede obtenerse la misma producción (o una mucho mayor) con una fuerza de trabajo que disminuye continua y agudamente, y que la agricultura capitalista puede funcionar de manera espléndida con muy pocas personas ocupadas.

Como ya dijimos, hay un proceso similar de concentración en las industrias y servicios vinculados con la agricultura que proporcionan insumos, así como en la elaboración y distribución (que incluye la exportación) de productos agrícolas. En Estados Unidos este proceso ha avanzado mucho y muy rápidamente en todos los productos, y en los países subdesarrollados vuelve a aumentar a partir de un grado muy alto de monopolización. Este hecho es tan conocido que no requiere más comentarios. Empero, es necesario subrayar que *los procesos de concentración ocurren en dos niveles* (en las granjas y en la elaboración y la comercialización o en los mercados de insumos) *y se refuerzan mutuamente*, puesto que los monopolistas esperan aumentar sus beneficios, tanto económicos como políticos, con este juego "a dos puntas". Esto puede demostrarse con toda claridad mediante el estudio de la influencia de los compradores agroindustriales en la estructura agrícola y productiva. Las agroindustrias utilizan en general tres métodos que, intencional[51] y sistemáticamente, conducen a la eliminación de los minifundistas. Los tres funcionan de manera más o menos similar en cuanto se refiere a los campesinos: la compra de la producción antes de la cosecha a precios establecidos de antemano; el sistema de contratos de producción por el cual la empresa agroindustrial acuerda comprar la cosecha a cambio de créditos, insumos o asesoría técnica a los precios corrientes del mercado, y la compra directa a los productores sin acuerdos previos. En circunstancias normales, y especialmente en los países subdesarrollados, la empresa agroindustrial se enfrenta al principio con pequeños y grandes productores; por tanto, puede seguir una estrategia (y en verdad la sigue) dirigida a eliminar a los pequeños mediante distintos "trucos". En efecto, la experiencia demuestra que donde se aplica durante un tiempo el sistema de contratos de producción, sólo sobreviven los grandes productores comerciales.[52] Una característica común a los tres métodos es que favorecen a los grandes productores de todas las maneras posibles: pagándoles mejores precios, dándoles preferencia en la compra de su producción, otorgándoles premios por cantidad y calidad, asignándoles prioridad en la distribución del crédito y de otros insumos, etc. La justificación de esta estrategia consiste en que las transacciones entre grandes productores y grandes empresas agroindustriales son más baratas y convenientes, un argumento que no es muy convincente si se considera desde todos los puntos de vista, lo cual casi nadie se molesta en hacer. Por otra parte, los insumos que venden las empresas agroindustriales elaboradoras o distribuidoras (que a menudo son también las que compran la producción) están hechos para

47. Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), *The social and economic implications of large-scale introduction of new varieties of foodgrain, Summary of conclusions of a global research project*, Ginebra, 1974, pp. 21 y 24.

48. Andre Pearse, "Technology and Peasant Production", en *Development and Change*, vol. 8, La Haya, 1977, pp. 149 y siguientes.

49. En realidad, cuando la modernización se lleva a cabo por empresas agroindustriales foráneas, o con su ayuda, los gobiernos no tienen posibilidad alguna de intervenir.

50. Una opción gubernamental aún más probable es no hacer absolutamente nada y dejar que los hambrientos sigan con hambre.

51. Más adelante explico por qué es intencional.

52. Un ejemplo de cómo funciona el sistema de contratos de producción en el campo mexicano puede verse en mi libro *El imperialismo fresa, op. cit.*

satisfacer las necesidades de los grandes productores y, en consecuencia, actúan en contra de los intereses de los pequeños.

Lo que interesa especialmente aquí es analizar por qué y en qué medida el proceso de desalojo de los campesinos y la pérdida global de oportunidades de empleo rural resultan acelerados por las transferencias masivas de capital de los países industrializados a los subdesarrollados. Al respecto iré más allá de las obvias razones mencionadas, como la creciente utilización de tecnología que sustituye a la mano de obra o el funcionamiento del sistema de contratos de producción, y analizaré cinco temas muy vinculados entre sí: *a)* la mentalidad de las empresas agroindustriales extranjeras que manejan inversiones foráneas en agriculturas subdesarrolladas; *b)* la transferencia de la estructura socioeconómica de las agriculturas industrializadas mediante la transferencia de tecnología; *c)* el traslado de las decisiones de los países subdesarrollados a los industrializados; *d)* el aumento de los riesgos económicos para las agriculturas subdesarrolladas, y especialmente para los campesinos y los trabajadores sin tierras, originado en las operaciones de las empresas agroindustriales extranjeras, y *e)* el saqueo de los recursos de los países subdesarrollados por parte de los empresarios comerciales en los sectores dominados por las compañías agroindustriales.

Las transferencias de capital y de tecnología de Estados Unidos hacia el sector agrícola latinoamericano, más los miles de millones de dólares otorgados por las instituciones crediticias internacionales y por una gran cantidad de otras instituciones multilaterales o bilaterales y por los bancos privados, en apoyo de los negocios agroindustriales en el exterior, han permitido a las empresas extranjeras tener una voz importante, y aun determinante, en las decisiones económicas y políticas en todos los niveles del sector agrícola.[53] Esto les permite manejar sus negocios en el exterior prácticamente como mejor les convenga. Los directores de las empresas agroindustriales padecen la arrogante creencia de que son "innovadores" y los únicos capaces de desarrollar las agriculturas subdesarrolladas.[54] Como la agroindustria se ha expandido rápida y provechosamente en Estados Unidos junto con el proceso de concentración,[55] el ideal y el objetivo de todo empresario agroindustrial es imponer a los países subdesarrollados el modelo estadounidense de agricultura capitalista moderna. La agroindustria ha creado y rinde culto en sus países de origen, al "gran tamaño" en la producción, elaboración y distribución agrícolas; es el "gran tamaño" lo que quieren reproducir en América Latina y en todas partes. Como ya lo hemos dicho, las empresas agroindustriales están obligadas a operar en el exterior, al comienzo, en el seno de estructuras agrarias en las cuales hay cientos o miles de minifundistas por cada gran terrateniente; por consiguiente, el "gran tamaño" sólo puede lograrse, en el caso de la tierra, eliminando a los minifundistas; en las industrias o servicios vinculados con la agricultura, sólo puede lograrse adquiriendo las empresas locales o desplazándolas del mercado. Esta es la estrategia deliberada de las agroindustrias, estrategia que pueden aplicar sin cortapisas debido a su poder económico y político, contra el cual poco pueden hacer los gobiernos locales que, al mismo tiempo, tienen la ilusión de que las actividades agroindustriales "aumentan los valiosos ingresos de divisas" y mejoran la situación alimentaria nacional. Es sintomático que un cabecilla de la agroindustria haya dicho, con toda franqueza, que cuanto antes desaparezcan los campesinos y emigren a las ciudades mejor será para todos. Por tanto, es inevitable que en las nuevas circunstancias se acelere el desalojo de los pequeños productores. (Más adelante analizaré los efectos en los asalariados.)

Podemos ir más allá. Aparte de las estrategias y las intenciones de los empresarios, es muy claro que, al contrario de lo que sostienen muchos científicos sociales y otros tecnócratas, la tecnología no es neutral. La transferencia de la tecnología moderna desde los países industriales (tecnología que siempre es apropiada para sus condiciones agrícolas, su estructura agraria incluida, y que en realidad ha sido un elemento crucial para conformar esas condiciones y esa estructura) conduce por sí misma a la reestructuración de las agriculturas latinoamericanas; por eso insistimos en la exactitud de la tesis de que *en las condiciones actuales* (y, en realidad, en cualesquiera condiciones) *la transferencia de tecnología es un instrumento para transferir la estructura socioeconómica de su país de origen.*[56]

Dados las estrategias y los métodos de operación de las agroindustrias transnacionales y la presencia abrumadora de gigantescas compañías de alimentos, de insumos agrícolas y de otras empresas agroindustriales, es lógico suponer que el campo de maniobra de los gobiernos nacionales para planificar y llevar a cabo programas agrícolas y (lo que es más importante) agrarios independientes es muy estrecho, y tiende a serlo más aún en la medida en que aumentan las inversiones agrícolas extranjeras. Hoy en día, son las casas

53. Ello explica por qué los capitalistas extranjeros invierten hoy en día en tierras de cultivo, cuando sólo 15 años atrás afirmaban que tales inversiones eran demasiado riesgosas desde el punto de vista político. Al respecto, nótese la falsedad del argumento de las agroindustrias en el sentido de que el sistema de contratos de producción sólo es un "mecanismo de coordinación" entre compradores y productores y, por tanto, "más aceptable" para los países subdesarrollados que la propiedad o el arrendamiento directos de la tierra, en cuanto tiende a hacer creer que el sistema "preserva la autonomía de los cultivadores" y, en consecuencia, no permite que las agroindustrias tengan un control tan completo sobre la tierra y los productores como les permitiría la propiedad o el arrendamiento. El argumento es válido sólo en la medida en que los gobiernos no tienen plena conciencia del funcionamiento y las implicaciones del sistema y, por tanto, están más dispuestos a aceptarlo. Véase mi artículo "Agribusiness in Underdeveloped Agricultures...", *op. cit.*, para obtener detalles de este asunto.

54. Véase, por ejemplo, Lester Brown, *Seeds of Change*, Praeger, 1970. Brown es uno de los principales apóstoles y representantes de la agroindustria en Estados Unidos. Véase también los trabajos sobre la agroindustria en América Latina provenientes de la Harvard Business School, publicados por Praeger.

55. Al respecto véanse los interesantes informes y libros publicados por el Agribusiness Accountability Project, 1000 Wisconsin Ave. NW, Washington, D.C., 20001.

56. Aquí deberíamos hacer notar que la "tecnología intermedia", concepto muy difundido por la escuela de Schumacher (véase, por ejemplo, el ingenuo libro de E.F. Schumacher *Small is beautiful*, Harper and Row, 1973) que evitaría las consecuencias catastróficas de las transferencias de tecnología moderna, no es más que un tema falso. Véase el excelente trabajo de Urs Mueller-Plantenberg "Technologie und Abhaengigkeit", en Dieter Senghaas, *Imperialismus und Strukturelle Gewalt*, Suhrkamp, 1972, y mi artículo "La nueva penetración...", *op. cit.* Mueller-Plantenberg demuestra por qué los fabricantes, por razones económicas, no tienen interés en producir "tecnología intermedia", y yo he tratado de demostrar que *todas* las tecnologías exigen un ajuste de la estructura socioeconómica, y no al revés, como cándidamente sugiere la escuela de Schumacher.

matrices de estas empresas radicadas en países industrializados (o en paraísos fiscales como Luxemburgo) las que adoptan las decisiones con respecto al uso de los recursos agrícolas controlados directa o indirectamente por las compañías transnacionales, con respecto a la distribución y al uso de los insumos (incluso el trabajo rural) y con respecto a la distribución de la producción. Esto es muy importante si se toma en cuenta que en muchos países, México incluido, los sectores dominados por las empresas agroindustriales extranjeras son los más importantes y los más lucrativos.[57] Estas decisiones se toman en el contexto de la estrategia global de producción y distribución de las empresas. Para ser más precisos: las decisiones con respecto a qué, en dónde, cuánto y cuándo producir, comercializar e importar o exportar no toman en cuenta fundamentalmente (o en absoluto) las exigencias nacionales, tales como la satisfacción de las necesidades alimentarias básicas, el ahorro de divisas en importaciones de alimentos o la creación de oportunidades de empleo rural; lo que consideran es la maximización de las utilidades y del poder provenientes del conjunto de transacciones transnacionales de las empresas agroindustriales. Este es el verdadero telón de fondo de la creciente necesidad actual de México, por ejemplo, de importar cantidades cada vez mayores de alimentos básicos, aunque este país disponga de suficientes recursos agrícolas como para autoabastecerse con exceso.[58] En consecuencia, los gobiernos nacionales formulan planes y aplican estrategias de desarrollo rural sólo en la medida en que no sean contradictorios con los extendidos intereses de la agroindustria extranjera. Así, el proletariado rural pierde incluso el pequeño apoyo interno que podía esperar de sus gobiernos.

No son pocos los dirigentes políticos y los empresarios nacionales que apoyan la opinión de las agroindustrias en el sentido de que una agricultura capitalista moderna en un país subdesarrollado puede estabilizar la economía agrícola interna. Un ejemplo de esa posición es lo dicho por un apóstol de la agroindustria: "Cuando los sistemas de productos básicos agroindustriales. . . están subdesarrollados y desequilibrados (*sic*), la coordinación entre los componentes del sistema tiende a ser errática, y expone a los participantes a amplias oscilaciones de los precios y de la disponibilidad de bienes y servicios."[59]

La afirmación anterior supone que los métodos agroindustriales modernos de producción y comercialización eliminan el comportamiento errático del mercado. Es cierto que, en todos los países, los mercados agrícolas del sistema de "libre empresa" muestran "amplias oscilaciones", pero es falsa la suposición de que la agricultura capitalista bajo el dominio agroindustrial las reduce. Por el contrario, es cierto que las actividades de las agroindustrias transnacionales introducen un grado de inestabilidad económica y social (es decir, de aumento de los riesgos económicos) tanto dentro como fuera de los sectores que controlan, de una amplitud tal como nunca sufrieron antes las agriculturas subdesarrolladas.[60] Esto es consecuencia del modo de operación de las empresas y de la mayor integración de la economía nacional y de los diversos sistemas de productos básicos con los mercados extranjeros y mundiales. En primer lugar, es probable que las transferencias de capital y tecnología extranjeros sean caóticas, y que respondan solamente a los intereses de corto plazo de los capitalistas foráneos, que consisten en obtener los máximos beneficios y superbeneficios en el tiempo más corto posible (también los capitalistas locales pueden querer participar en las nuevas oportunidades de lucro), y no a los intereses a más largo plazo del desarrollo de la economía agrícola nacional. Como es evidente, las transferencias de capital y tecnología se orientan primero hacia un determinado sector productivo de una agricultura subdesarrollada cuando las condiciones del mercado son favorables. Entonces los productores e intermediarios realizan rápidamente buenas ganancias. Este es el comienzo de una inversión extranjera (y a veces nacional) adicional, no planificada y excesiva; los proveedores de tecnología ejercen fuertes presiones para que se transfieran equipos y maquinaria adicionales. La consecuencia más probable es la sobrecarga del mercado:[61] abruptos excesos de oferta, la caída de los precios del mercado, pérdidas financieras.

¿Quiénes son los perdedores en este juego incierto? Por lo general, no los capitalistas ni los proveedores de insumos extranjeros. Habitualmente, los capitalistas estadounidenses protegen sus inversiones en el exterior con férreas garantías contra pérdidas; asumen riesgos financieros mínimos y muchas veces el componente de recursos nacionales es mucho mayor que la inversión que ellos hacen; hay casos en que el Gobierno de Estados Unidos les rembolsa sus pérdidas; otros, en que los inversionistas extranjeros adquieren la propiedad total de la empresa a precios de bancarrota, reforzando así su presencia monopolística en la economía nacional.[62] En cuanto a los proveedores de insumos, lo más probable es que no sufran pérdidas en circunstancia alguna, debido a que los insumos ya fueron pagados, a menudo con crédito nacional. De este modo, en el proceso de expansión capitalista bajo el dominio extranjero se trasladan fácilmente casi todos los riesgos económicos a los productores subdesarrollados, especialmente a los pequeños, y a los comerciantes o prestamistas; así, es probable que los capitalistas extranjeros salgan de estas repetidas crisis de mercado con una posición económica reforzada.

57. El aumento del control de los sectores agrícolas más importantes de un país por parte del capital y la tecnología extranjeros también supone un control indirecto sobre el resto de la agricultura, como efecto secundario del dominio sobre los insumos y la producción.

58. Por supuesto, México no es un caso aislado. Véase Helena Tuomi, "On Food Imports and Neocolonialism", en Vilho Harle (ed.), *Political Economy of Food*, Proceedings of an International Seminar, informe de investigación núm. 12, Tampere Peace Research Institute, Finlandia, 1976 (próximo a publicarse por Teakfield Ltd., Inglaterra). Al respecto, es interesante subrayar que el período de enorme crecimiento de la producción agrícola mexicana terminó en la época en que las actividades agroindustriales estadounidenses y las transferencias de capital y tecnología de ese país aumentaron fuertemente en todos los productos básicos mexicanos. Con seguridad no se trata de una coincidencia.

59. J. David Morrissy, *Agricultural Modernization Through Production Contracting*, Praeger, 1974, p. 44.

60. En mi libro *El imperialismo fresa, op. cit.*, se muestra el caso que introdujo el capital extranjero en la agricultura mexicana.

61. Un ejemplo típico se encuentra en James E. Austin, *Agribusiness in Latin America*, Praeger, 1974, pp. 14 y ss. Este autor demuestra, sin proponérselo, las desventajas del sistema para los países subdesarrollados al describir varios casos de inversiones foráneas en América Latina.

62. Un estudio reciente de las operaciones de la Nestlé en México demuestra que gran parte de las utilidades de esta empresa proviene de la venta a ejidos de ganado Holstein (totalmente inadecuado para las condiciones tropicales) y de recuperarlo cuando los ejidos se encuentran en dificultades financieras, sólo para volver a venderlo a otros ejidos o ganaderos.

El traslado de los riesgos económicos es especialmente directo y penoso en el caso de aquellos productos latinoamericanos que compiten en el mercado estadounidense con sus similares producidos en Estados Unidos, como sucede con muchas frutas y verduras o con el ganado mexicano. En estos casos, Estados Unidos recurre, durante las crisis del mercado, a severas restricciones de la importación, con todo tipo de pretextos, abandonando a su suerte a las agriculturas subdesarrolladas. Si se trata de un producto suntuario, que no tiene mercado en la economía nacional debido al bajo poder adquisitivo medio, esta situación puede representar una pérdida económica y un desperdicio gigantesco de recursos. Tales casos son muy frecuentes.

En resumen, la evolución errática de los mercados agrícolas resulta radicalmente reforzada por la expansión del capitalismo bajo control foráneo y en condiciones de dependencia; los perdedores principales son los minifundistas y pequeños comerciantes locales, víctimas favoritas e irreversibles de las crisis. Cada una de éstas puede provocar el desplazamiento de cientos de minifundistas dedicados al cultivo del producto de que se trate.

Independientemente de la crisis del mercado, las operaciones de las agroindustrias extranjeras introducen otro elemento de inseguridad e inestabilidad. El capital y la tecnología foráneos son muy móviles, aunque quizá lo sean algo menos en la agricultura que en otros sectores de la economía. Esta movilidad es esencial desde el punto de vista de las grandes empresas de productos alimenticios, para obtener una corriente constante de repatriación de beneficios y superbeneficios de sus inversiones en el exterior. Esto puede significar casi un desastre para los países subdesarrollados. Con respecto a la situación alimentaria interna, la búsqueda de lucro puede resultar (y en México ha resultado en diversas ocasiones) en un desplazamiento de los alimentos básicos para el consumo nacional por cultivos para alimentación animal o por cultivos suntuarios para exportar, según la situación de los precios relativos, lo que obliga a la economía del país a importar grandes cantidades de cereales para consumo humano[63] Cuando ocurre el proceso inverso, quizá mejore el abastecimiento interno de alimentos básicos, pero esto no implica necesariamente que los haya en mayor cantidad y más baratos para quienes los necesitan, especialmente si parte de esa oferta se exporta.[64] Es posible que se presente una situación más grave si el capital foráneo se desplaza (al modo de las famosas "industrias trashumantes") a otros países que ofrecen costos de producción más bajos o condiciones de repatriación de utilidades más favorables: esto puede desequilibrar, al menos en forma temporal, el uso de los recursos y el abastecimiento de alimentos nacionales y causar estragos en la ocupación, tanto en la agricultura como en las industrias y servicios vinculados con ella. También estos desplazamientos afectan más a los productores pequeños que a los grandes, puesto que son aquéllos quienes más sufren el efecto de los cambios abruptos.

Conviene ahora hacer algunos breves comentarios sobre el empleo rural. La modernización realizada bajo el dominio de las agroindustrias foráneas puede abarcar a productos intensivos en capital o en trabajo. En el primer caso (es el del trigo, por ejemplo) la creación de nuevos empleos es mínima, y en realidad es probable que la ocupación disminuya.[65] Como estos productos ocupan superficies de cultivo relativamente grandes, es probable que en estos sectores el efecto sobre la fuerza de trabajo sea muy severo. Los productos intensivos en trabajo (lo son ya sea porque ciertas tareas no pueden mecanizarse, ya porque todavía no lo han sido) sí crean nuevos empleos. Algunos productos requieren grandes superficies (por ejemplo, el algodón); otros, relativamente pequeñas (frutas o verduras). La experiencia demuestra que suele exagerarse mucho la magnitud de estas nuevas oportunidades de trabajo.[66] Un ejemplo de ello es la industria mexicana de exportación de fresas. Una publicación oficial reciente[67] y los comerciantes del ramo sostienen que en esa actividad se "emplea el trabajo de 160 000 personas". Si se analiza en detalle esta afirmación, se verá que sólo es cierta si se considera que las 160 000 personas no trabajan más de un mes por año. En realidad, la industria sólo proporciona unos 19 400 empleos de *tiempo completo*, 13 400 en el campo y 6 000 para mujeres en las plantas elaboradoras, si se supone el cultivo de 6 000 ha. Si hay otros trabajadores contratados, no son de tiempo completo.

A este respecto, debe subrayarse que el traslado de un cultivo intensivo en mano de obra de una agricultura industrializada a una subdesarrollada es un negocio sumamente lucrativo, porque en esta última hay un exceso de fuerza de trabajo, tanto de trabajadores agrícolas como de obreros para las industrias y servicios vinculados con la agricultura (en muchos casos los cultivos intensivos en mano de obra implican trabajo fabril también intensivo en mano de obra) que pueden contratarse a cambio de salarios bajísimos; por otra parte, tanto el trabajo en el campo como en la fábrica son estacionales, lo cual a su vez ejerce fuertes presiones a la baja en el nivel de salarios y en las condiciones laborales. Por ello, el empleo que crean las agroindustrias foráneas es en extremo indeseable, tanto desde el punto de vista económico como desde el social, para los asalariados y para la economía en su conjunto. No se trata de la creación de nuevas oportunidades ocupacionales que sean adecuadas, satisfactorias y cuantitativa y cualitativamente atractivas para la fuerza de trabajo; todo lo contrario: resultan ideales para la creación y repatriación de superbeneficios de las empresas agroindustriales extranjeras. Además, la inestabilidad de los mercados de cultivos intensivos en trabajo (habitualmente destinados a la exportación) se relaciona directamente con los cambios en el mercado de trabajo: en condiciones de rendi-

63. Se afirma que a un país subdesarrollado le conviene más vender productos agrícolas de alto valor e importar cereales para el consumo nacional con las divisas provenientes de las exportaciones. Este argumento sería válido si no fuese por las condiciones en que se llevan a cabo tales transacciones en un mundo dominado por la agroindustria extranjera, dado que un porcentaje considerable de los ingresos en divisas son utilidades que las agroindustrias repatrian. En definitiva, la economía nacional no está mejor que antes, e incluso podría estar peor.

64. México exportó trigo durante varios años al mismo tiempo que la dieta nacional se empobrecía cada vez más.

65. Se desplaza, verbigracia, a arrendatarios y aparceros (o ejidatarios).

66. Tal exageración tiene un contenido político; se hace para convencer al público de que las inversiones extranjeras son benéficas por sus efectos en el empleo y, en el caso de México, de que reducen los problemas vinculados con la emigración de trabajadores agrícolas a Estados Unidos.

67. *El cultivo de la fresa en México*, Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas, SAG, folleto de divulgación núm. 48, México, febrero de 1973, p. 4.

mientos constantes (que es el caso habitual) una reducción de la superficie cultivada de determinado producto debe redundar en una disminución del empleo que, en el mejor de los casos, es aproximadamente proporcional al decremento de la superficie cultivada. Por ejemplo, si las plantaciones mexicanas de fresa se redujesen de 6 000 a 4 000 ha. los empleos de tiempo completo se reducirían de 19 400 a 13 000. Por esta razón, las fluctuaciones que generan las agroindustrias foráneas en el mercado de trabajo de los cultivos intensivos en mano de obra son mucho más amplias, lo cual es tanto más grave cuando no existen otras oportunidades de ocupación, que es lo que sucede habitualmente. Por supuesto, si mejoran las condiciones del mercado el empleo aumentará, pero éste es un pobre consuelo para la gran cantidad de hombres y mujeres desocupados durante los meses o años de crisis.

Por último, el uso extravagantemente derrochador de los recursos que practican las empresas agroindustriales foráneas e, indirectamente, las dedicadas a la venta de insumos, amenazan de raíz la subsistencia de los campesinos y de los trabajadores asalariados. Podría esperarse que las transferencias de tecnología moderna realizadas por los "innovadores" extranjeros condujesen a una utilización mucho más racional de la tierra, el agua y el capital que los dispendiosos y antiguos métodos de las tradicionales élites terratenientes. En realidad, eso es lo que sostienen los "innovadores" y sus apóstoles. Por desgracia, lo que ocurre es exactamente lo contrario. Los inversionistas extranjeros tienden a maximizar los superbeneficios destinados a la repatriación en el menor tiempo posible y explotan despiadadamente los recursos de las agriculturas subdesarrolladas, sin preocuparse por su conservación ni, mucho menos, por su mejoramiento a largo plazo.[68] Como para ellos no hay escasez de tierra, agua o capital, siempre están en condiciones de trasladar sus operaciones de los suelos que han perdido fertilidad (o donde comienza a escasear el agua) hacia nuevas regiones fértiles o con agua abundante. La consecuencia es que la agricultura dominada por las agroindustrias foráneas mantiene el mismo carácter "trashumante" característico de los sectores rurales de América Latina dominados por el latifundio, sólo que en un nivel de complejidad mucho mayor. Es muy distinta, sin duda, la forma en que operan las agroindustrias en los países industrializados. En realidad, podría interpretarse que transferir sistemas de cultivo y comercialización de ciertos productos de Estados Unidos, por ejemplo, a naciones subdesarrolladas es, precisamente, una forma de preservar los recursos de los países industrializados a expensas de estas últimas. Seguramente el lector llegará a la misma conclusión a que yo he arribado: en el largo plazo esto aumentará la dependencia alimentaria de los países subdesarrollados con respecto a las naciones industrializadas que producen grandes excedentes exportables, como Estados Unidos. Debido a que las agroindustrias controlan las mejores zonas de cultivo, sus operaciones tienden a deteriorar gradualmente los mejores recursos. Mientras la forma de actuar de las antiguas élites terratenientes amenazaba destruir estos recursos en un lapso muy largo (que podría durar generaciones), la explotación capitalista en sistemas dominados desde el exterior los destruirá, previsiblemente, en pocos decenios. Es por ello que la base misma de subsistencia del proletariado rural, en las condiciones actuales, se estrecha gradual, rápida y dramáticamente en forma irreversible.

Para finalizar, analicemos brevemente la expansión del capitalismo en los sectores ganadero y forestal, y la amenaza que supone hoy en día para el proletariado rural de América Latina.

En América Latina hay tres clases de empresas ganaderas y empacadoras de carne, que difieren en cuanto a su relación con el capital y la tecnología extranjeros. En Argentina y en Uruguay hace tiempo que la industria está bajo el dominio foráneo y totalmente orientada a la exportación. En Brasil y en algunos otros países, las inversiones extranjeras son recientes; en Brasil, por ejemplo, las empresas estadounidenses hicieron muchísimas inversiones agrícolas después de 1964 y, según una estimación oficial, en 1964-1968 adquirieron de 32 a 34 millones de ha., la mayoría dedicadas a empresas ganaderas. En otros países, las inversiones extranjeras de este tipo apenas comienzan. En todos los casos, sin embargo, predominan los inversionistas estadounidenses. Durante varios años, y sobre todo recientemente, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo han financiado gran cantidad de proyectos ganaderos o la construcción de plantas empacadoras de carne para apoyar a la agroindustria estadounidense. En toda América Latina dicha industria se expande rápidamente, como consecuencia de la estrategia de importación a largo plazo de Estados Unidos, cuyo interés consiste en asegurarse el abastecimiento de ganado joven barato para engordarlo dentro de sus fronteras y, lo que es más importante, de carne barata para el consumo estadounidense, estrategia que se vincula estrechamente con la dirigida a dominar el mercado mundial de carnes.

La modernización y la expansión de las industrias latinoamericanas de ganado y carnes tienen características peculiares, debido a sus especiales condiciones históricas, a las cuales se ha otorgado muy poca atención en el contexto global de la sociedad agraria hasta hace muy poco tiempo:

1) Las haciendas ganaderas ocupan una proporción grande y creciente de la tierra agrícola (habitualmente 60-70 por ciento) y la gran mayoría del ganado es propiedad de grandes hacendados.

2) Los ganaderos han desempeñado un papel político y económico predominante (y todavía lo desempeñan) dentro y fuera del sector rural; son la columna más firme del sistema latifundista.

3) Con pocas excepciones, las haciendas ganaderas siempre se han manejado (y todavía se manejan) en forma muy extensiva, es decir, con una proporción muy alta de tierra por cabeza de ganado, y con un nivel muy bajo de eficiencia y tecnología.

4) Una proporción significativa de la tierra que se utiliza para pastoreo sería apropiada para el cultivo, y por tanto se la sustrae a la producción de alimentos.

5) El empleo en las empresas ganaderas y en la industria de la carne es insignificante.

Desde el punto de vista de los intereses del proletariado rural y de toda la economía de un país subdesarrollado, el

68. Este punto puede verse desarrollado en detalle en mi libro *El imperialismo fresa, op. cit.*, y en mi artículo "Agribusiness and the Elimination of Latin America's Rural Proletariat", en *World Development*, vol. 5, núm. 5-6, Inglaterra, 1977.

control de enormes superficies cultivables por relativamente pocos hacendados es, económica y socialmente, muy inconveniente; la existencia y aun la expansión de la industria ganadera sustrae tierras a la población campesina y mantiene baja la oferta de alimentos. Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que en condiciones de desempleo rural, carencia de tierras y dietas nacionales cada vez más inadecuadas, la cría de ganado con métodos extensivos (y aun en otras condiciones)[69] es un lujo que ningún país subdesarrollado puede permitirse.

Ni la modernización ni la expansión geográfica que se logran con las transferencias de capital y tecnología foráneos (sin las cuales no ocurrirían ni la modernización ni la expansión) *intentan cambiar las pautas básicas del sector ganadero, en especial el carácter extensivo de las haciendas.* Esta última es una férrea garantía para la producción de ganado y carne baratos destinados a la exportación. Si un país latinoamericano quisiese convertir en intensiva su producción de ganado y carne (por ejemplo, utilizando granos en lugar de forraje, lo cual evidentemente no es practicable en las condiciones actuales), los inversionistas extranjeros perderían inmediatamente todo interés,[70] y ese cambio estructural debería llevarse a cabo con las solas fuerzas nacionales, sin el apoyo del capital y el financiamiento de Estados Unidos, del Banco Mundial o del Banco Interamericano de Desarrollo. Es por eso que *la modernización que se lleva a cabo actualmente sólo implica mejoras tecnológicas marginales,* por así decir, tendientes a lograr aumentos graduales, aunque relativamente rápidos, en la productividad de la tierra (mediante mejores pasturas, alambrados, etc.) y del ganado (por medio de cruzas o del control de enfermedades).[71] Por tanto, la estrategia de modernización no incluye cambios en la estructura del sector. El objetivo de este proceso, limitado en su naturaleza y en su alcance, es reforzar el estratégico papel económico y político de los ganaderos y hacer inexpugnable su posición frente a las (justificadas) exigencias de más tierra para el proletariado rural, de más empleo rural o de más alimentos para el consumo nacional, a pesar de que una gran proporción de la tierra destinada al ganado podría utilizarse para cultivar alimentos básicos. De ese modo, la misma existencia de empresas ganaderas extensivas, así como su modernización y expansión (que ocurren a expensas de tierras ya dedicadas a cultivos de productos alimenticios o de tierras "vírgenes"), son cada vez más un elemento anticampesino *por excelencia.* En los países o en las regiones en que el proletariado rural crece numéricamente, el acceso de los campesinos a la tierra y al empleo es cada vez más difícil en términos absolutos y relativos; si el proletariado decrece, puede decirse que la modernización y la expansión contribuyeron directamente a desplazarlo de la agricultura y a socavar toda la base de subsistencia de los campesinos y asalariados.[72]

En el sector forestal lo que ocurre es igualmente desastroso. En América Latina, México incluido, hay un proceso sistemático de destrucción de zonas forestales, con sólo mínimos intentos, en el mejor de los casos, de reforestación. Este proceso ha alcanzado proporciones inmensas con la introducción y utilización de modernos equipos pesados, capaces de desaparecer bosques enteros en pocos días. Tal destrucción la emprenden en gran medida las empresas extranjeras o se hace para ellas. Otras superficies boscosas de menor importancia son destruidas por la tala y quema que realizan los campesinos en busca de su subsistencia, debido a los problemas agrarios.[73] Puede predecirse con un alto grado de exactitud que en un par de decenios los bosques latinoamericanos y mexicanos habrán prácticamente desaparecido. Cuando los bosques se destruyen para la explotación comercial de la madera, ello supone casi siempre desalojar a la población campesina residente (a menudo tribus indígenas), y en nueve de cada diez casos las superficies deforestadas se convierten en zonas de pastos y las ocupan grandes hacendados. En la actualidad se eliminan bosques en una escala inmensa, sin siquiera la más mínima utilización de los árboles con propósitos comerciales o de otra clase, y también la mayor parte de esta tierra se dedica a los pastos. Cuando los campesinos desmontan parcelas vírgenes y se establecen en ellas, su subsistencia siempre se ve amenazada por los grandes terratenientes que les quitan la tierra por la fuerza o con artimañas. De ese modo, zonas inmensas se vuelven cada vez más inaccesibles para los campesinos e inadecuadas para crear ocupación rural.

Si todos estos acontecimientos, impulsados en la actualidad por los países industrializados y en especial por Estados Unidos, se analizan ya sea por separado o en conjunto, y se juzgan a la luz de sus efectos en el proletariado rural, no veo cómo puede concluirse otra cosa que la siguiente: la "regeneración o resurgimiento del campesinado en el sistema capitalista" es un mito romántico; la expansión capitalista hasta el último rincón del sector rural de los países subdesarrollados, bajo la iniciativa y el dominio extranjeros, debe concluir inevitablemente en el desplazamiento de los campesinos y los asalariados. No hay razones prácticas ni teóricas que permitan suponer que las agriculturas subdesarrolladas no tendrán que adaptarse al "modelo" estructural de las agriculturas industrializadas, y convertirse, como ellas, en agriculturas sin gente. Es claro que esto supone que quienes iniciaron y continúan el proceso que hemos descrito son totalmente indiferentes respecto al destino de quienes serán sus víctimas. Asimismo, supone que el proceso adquiere hoy en día un carácter especialmente brutal, y éste es, precisamente, el punto sobre el cual quería llamar la atención.□

69. Es muy discutible si la producción de carne constituye, en condiciones de subdesarrollo (o en cualesquier otras), un uso económico de los recursos agrícolas, pero esa duda quedará aquí sin respuesta.

70. En México y en otras partes hay algunos criaderos intensivos de ganado (*feed lots*). A menos que se dediquen a la producción de carne de alta calidad para una clientela limitada (por ejemplo, los turistas), suelen pertenecer a ricos inversionistas aventurados, quienes los manejan con pérdidas financieras (deducibles de sus impuestos), y tienen una baja esperanza de vida. Alimentar ganado con cereales producidos en el país es siempre antisocial cuando se importan alimentos básicos y aun si los cereales exceden la "demanda efectiva", debido a que mucha gente no puede permitirse una dieta adecuada.

71. Este es un caso típico de transferencia selectiva de tecnología, característica en las agriculturas subdesarrolladas.

72. A esto debe agregarse que parte de la tierra dedicada a pasturas se vuelve inadecuada para el cultivo. Los agrónomos no están de acuerdo sobre este tema, aunque parece seguro que el pastoreo continuo puede dañar a algunos suelos con más facilidad que a otros. *Toda* pérdida de recursos agrícolas es contraria a los intereses de largo plazo de los países subdesarrollados y a su futura capacidad productiva.

73. Al respecto véase R.F. Watters, *Cultivo nómada en Latinoamérica,* FAO, Forestry Development Paper núm. 17, Roma, 1971 (citado en *La lucha de clases en el campo,* Lecturas del Fondo, núm. 14, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, pp. 317 y ss.).